

CRÍTICA DE LIBROS

BORDIEU, Pierre
La dominación masculina
Editorial Anagrama, 2000

Comentar un libro de Pierre Bourdieu es siempre una tarea difícil y excitante. Lo primero por la complejidad y multivalencia de los planteamientos a los que este autor acostumbra, y lo segundo, derivado de lo anterior, porque sus propuestas no dejan nunca indiferente: interrogan, estimulan la curiosidad o la crítica, obligan a reflexionar y, cuando menos, generan un desasosiego que siempre es bueno para el lector. A mi parecer *La dominación masculina* se asienta sobre cuatro ejes que entrecruzados sostienen a todo el conjunto. El primero, que vendría a ser un planteamiento teórico general a la antropología y que se inscribiría en el total de toda la obra de Bourdieu. Un segundo, en el que la centralidad en la construcción del cuerpo y la sexualidad son unidades analíticas de primer orden. El tercero se focalizaría en los agentes dominadores como impulsores del proceso de diferenciación y jerarquización de sexos y géneros. Y el último coincide con un capítulo en el que, bajo el título de "cambios y permanencias", se insinúa un abanico de posibilidades

que pueden mitigar la tensión abierta entre hombres y mujeres, así como entre las exigencias a las que culturalmente se les obliga.

Bourdieu comienza la obra mostrando su perplejidad (que es la mía) ante el hecho de que un determinado "orden establecido, con sus relaciones de dominación, sus atropellos, sus privilegios y sus injusticias, se perpetúe... con tanta facilidad, dejando a un lado algunos incidentes históricos, y las condiciones de existencia más intolerables puedan aparecer tan a menudo como aceptables por no decir naturales" (p.11). Esta paradoja, aparte de crear nuevas preguntas, nos lleva directamente a verla en íntima relación con la violencia simbólica, un tipo de violencia que se perpetúa por su propia esencia, por ejercerse a través de símbolos (aunque sus efectos puedan apreciarse de otros modos) y por ser así, en principio, invisible a sus propias víctimas. Para tratar de explicar esta violencia simbólica, Bourdieu nos lleva a otro problema ampliamente tratado en la antropología del género: ¿por qué hay una división entre los

Revista Internacional de Sociología (RIS)
Tercera Época, n° 28, Enero-Abril, 2001, pp. 261-280.

sexos?, con lo que, a su vez, nos traslada ante otra tensión, a mi parecer no resuelta, muy conocida por los antropólogos: la dicotomía naturaleza/cultura y con ella la correspondiente esencialismo/construccionismo, universalidad/especificidad, igual/diferente, por no reseñar más que algunos de los muchos caminos antitéticos que podríamos plantear y que todavía se plantean y debate en nuestra disciplina. Baste al respecto recordar la buena acogida que ha tenido el último libro de H. Fisher y sus planteamientos biólogos.

Bourdieu recuerda cómo las divisiones sexuales (transculturales) se basan en un orden producido y sustentado por dos procesos concretos: la transformación de la historia (y de la cultura, añadiría) en naturaleza; es decir, lo que podríamos resumir como un proceso de naturalización de lo cultural y, como consecuencia, otro proceso por el que se transforma la arbitrariedad cultural en natural y por lo tanto —añado de nuevo— en exigencias de conducta. Desde una perspectiva antropológica el problema se sitúa en el marco de dos premisas importantes: primero, el principio de la diferencia entre lo masculino y lo femenino es cultural, y por tanto arbitrario y contingente, pero, segundo y al tiempo, es necesario sociológicamente. Ambos extremos los demuestra Bourdieu con el análisis de la etnografía recogida en la sociedad cabileña, parte del cual ya se había avanzado en *El sentido práctico*.

Sin embargo creo importante insistir en el hecho de que la dominación masculina se configura mediante unos modos de pensamiento (representacio-

nes colectivas o modelos) que ya son producto de la dominación. Es decir, si pensamos en las dicotomías clásicas (etnografía de Cabilia propuesta por Bourdieu, pero que podemos trasladar en parte a otros lugares) de hombre/mujer, seco/húmedo, duro/blando, etc., vemos cómo esta división (que a la vez es visión y genera imágenes y representaciones) está objetivamente ajustada a la ya existente y, por tanto, consagra el orden establecido y, al tiempo, lo refuerza y perpetúa. Estas divisiones dicotómicas dan preeminencia y valor al orden masculino; un orden que prescinde de cualquier justificación puesto que es, sencillamente, como la naturaleza en la que se apoya. En palabras de Bourdieu: “la visión androcéntrica se impone como neutra y no siente la necesidad de enunciarse en unos discursos capaces de legitimarla” (p.22). Es fácil entender, en esta perspectiva, que las diferencias biológicas y anatómicas entre los sexos sirvan de justificación natural de las diferencias de género, algo que hace tiempo expuso M. Godelier o F. Heritier y que Bourdieu especifica magistral y exhaustivamente con la etnografía de Cabilia y que, de nuevo, podríamos llevar a múltiples culturas tanto con el lenguaje y sus imágenes (lo duro, lo flácido, etc.), como con partes anatómicas concretas (los genitales masculinos y la virilidad, por ejemplo).

Sin embargo, Bourdieu no olvida advertir que en todos estos procesos de correspondencia entre el mundo real y sus representaciones mentales existe un espacio liminal propio de la “lucha cognitiva” del ser humano respecto al

sentido que tienen las cosas del mundo. En otras palabras, el autor alerta de la "indeterminación parcial" que algunos objetos tienen y que permite otras interpretaciones; es decir, el dominado (en nuestro caso las mujeres) podría resistirse a determinadas imposiciones de carácter simbólico y trastocar, por tanto, su sentido. A mi parecer este aspecto tan importante nos recordaría la excelencia de la ambigüedad y la liminalidad como categorías analíticas que tantas veces se han olvidado en los estudios de género.

Mediante las diferencias sexuales y anatómicas, mediante los gestos, mediante el cuerpo y la sexualidad, se va asentando y configurando parte de la dominación masculina. Otra vendrá dada por el refuerzo cultural de diferentes operaciones de sumisión, desde los rituales de evitación a los espacios segregados del trabajo. Todos estos aspectos van legitimando una relación de dominación que aun pareciendo tener naturaleza biológica es en sí otra construcción social, esta vez naturalizada. Todo ello, además, entra a formar parte de un proceso de aprendizaje que resulta más eficaz desde el momento en que es tácito. Aprendemos a manejar nuestro cuerpo y cada una de sus partes significando con ello un modo peculiar de ver y aprehender el mundo, a nosotras mismas y a los otros, creando así no sólo una cosmología, sino una ética y una política.

La naturalización de la dominación permite plantearnos cómo el poder simbólico necesita no sólo un agente que lo ponga en funcionamiento, sino

la sumisión de aquéllos que lo sufren y que, a su vez, lo han construido como tal, siendo evidente que tal construcción no es un acto intelectual, consciente, libre y deseado, sino efecto mismo del poder. Este proceso circular y cerrado (muy criticado en algunos aspectos) del esquema de Bourdieu es especialmente trágico en el caso de las mujeres, siempre inferiores y excluidas según la ley de la dominación simbólica. Así, son objeto de intercambio en "el terreno de las relaciones de producción y reproducción del capital simbólico", discriminadas en sus posiciones, espacios, valores y prerrogativas e incluso podría decirse que, aún hoy, el ser femenino sigue siendo el no trascendente (De Beauvoir) o el ser percibido, lo que las sitúa no sólo en "permanente inseguridad corporal", sino en situaciones de dependencia simbólica. Son, pues, los otros quienes construyen a la mujer, quienes planifican cómo deben ser vistas y cómo deben verse o, dicho de otro modo, la mujer parece condenada a verse desde la categoría de quien domina, es decir, desde las categorías masculinas.

Esta visión desde la dominación se apoya, además, en la institucionalización de la misma dominación. Como decía anteriormente, la visión androcéntrica (el poder simbólico) se legitima por sus mismas prácticas y por aquellas instituciones o agentes que las apoyan de un modo tácito, principalmente mediante los caminos socializadores y educativos entre los que Bourdieu destaca la familia, la iglesia, la escuela y el Estado y que,

en su opinión, no sólo han apoyado las prácticas de dominación sino que han contribuido a su permanencia. De ahí, que plantee como necesario “reconstruir la historia del trabajo histórico de deshistorización” (p.105) o, lo que es lo mismo, reconstruir los procesos y situaciones mediante los cuales las mujeres perdieron sus voces y existencias.

Esta investigación (no sólo histórica, como él mantiene) deberá dar cuenta de los mecanismos y estrategias mediante los cuales las instituciones mencionadas y los agentes individuales y específicos han perpetuado (o no) las estructuras de las relaciones de dominación. El problema no es pequeño y ante la complejidad de su naturaleza las posibles soluciones deberán provenir de varios frentes; frentes que, a su vez, tendrán que surgir desde cada una de las instituciones ya nombradas. Por otra parte, y de nuevo sin perder de vista el círculo que supone la dominación simbólica, tales investigaciones tendrán que poner de relieve las permanencias que ocultan los cambios y entre las que Bourdieu cita la doble jornada femenina, el techo de cristal o los múltiples problemas que caracterizan a las “élites discriminadas” (García de León). Teniendo esto en cuenta parece claro que un empuje al cambio bien podrían provenir de una transformación de nuestras estructuras e instituciones educativas, entendiendo por educación, es evidente, algo más que “Escuela”: educación en y desde la familia, como creyente y participante de una iglesia, como ciudadano responsable y atento a deberes y derechos y,

también, como sujeto de una instrucción normativizada.

Es de señalar la insistencia de Bourdieu en cómo bajo diversos aspectos y mediante distintas estrategias cada una de estas instituciones mantiene un orden social sexualmente ordenado y jerarquizado. Un orden que limita y discrimina, unas veces más explícitamente que otras, al conjunto de mujeres en general y a cada una en particular, a pesar de las múltiples contribuciones (él insiste en la producción y reproducción del capital simbólico) que realizan en el conjunto social. No obstante, queda entre líneas una esperanza (que en parte ya es realidad) con la creciente concienciación femenina, producto de los movimientos feministas y, entre otras cosas, el acceso a ámbitos más amplios de la educación.

En la última parte de su libro, Bourdieu se acerca con gran lucidez a diversos temas que, lamentablemente, apenas esboza. Así, la ambigüedad del amor como dominación, su propia postura ante su obra y su deseo de cambio y transformación, así como un apéndice sobre “algunas cuestiones sobre movimientos de gays y lesbianas”, son aspectos que necesitarían mayor elaboración para beneficio y placer del lector. Como decía al principio, esta interesante obra de Pierre Bourdieu nos recuerda que el reto de entender las relaciones entre los sexos y los géneros aún está abierto, aportando nuevos caminos de reflexión para enfrentarnos a él.

BEATRIZ MONCÓ

Universidad Complutense de Madrid